

Gaby Vallejo Canedo

DEL PLACER Y LA MUERTE



la mancha

literatura adultos

BOLIVIA

Sello La Mancha, 2007
© Grupo Editorial La Hoguera
Del placer y la muerte
Gaby Vallejo Canedo

Editorial La Hoguera
Calle Beni 678
Edificio Gabriela 2° piso
Santa Cruz de la Sierra
Bolivia
Derechos reservados de acuerdo a Ley

Prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra sin permiso expreso, por escrito, del autor y la empresa editora.

Editor: Mauricio Méndez J.
Corrección de estilo y Diseño editorial:
Departamento de Producción La Hoguera
Impresión: Imprenta Landívar

PRIMERA EDICIÓN • 2007
Depósito Legal: 8-1-1765-07
I.S.B.N.: 978-99954-34-11-3

Comentarios y sugerencias:
www.lahoguera.com

EL PLACER POR LOS SUEÑOS

Quizá justamente porque era fea, por una razón de contraste o equilibrio, porque estaba enferma, se detenía obsesivamente en muchas cosas bellas que a los demás les eran indiferentes.

El color cristalino-celeste del agua en las botellas, el rosado, apenas rosado de las flores en botón, la suave curva del florero totalmente incoloro y brillante, los extraños mensajes de los tumbados con las lluvias, las niñas blancas y rubias del empapelado. Todo ese mundo tenue de formas y colores le partía la vida entre su presencia y su inexistencia y se apropiaba por horas de su sueños.

Las gotas bajando por su espalda sedienta, desde la mano de un adolescente que transformaba el cristalino-celeste de la botella en infinitas gotas tibias y resbalaban por el glúteo, por la entrepierna que se abría sedienta de esas pequeñas gotas, que seguían resbalando hasta el clítoris para juntarse con las otras calientes que salían al encuentro y que abarcaban el mundo. Aquel pequeño hueco en que empezaba o acababa la rosa tenue, era para ella el misterio del principio y del fin. La percepción de que existía algo que jamás el ser humano podrá saber, porque estaba al fondo del pequeño pasillo oscuro, más allá del rosado tenue de la rosa, le rompía el presente y habitaba los sueños. Allí estaba, en oscuros pasajes con oscuros gitanos de manos que hacían rosas con su cuerpo de niña. Viajaba por el toque, por el roce, el tanteo y su boca, boca

de rosa, boca de flor, boca de túnel que se abría a otra boca de flor, boca de rosa, oscuro túnel gitano.

Y las curvas de cisne del florero, incoloras, brillantes, habitadas sólo por la luz, le llevaban a cristalinos ojos de cisnes blancos, albos, que aproximaban sus picos a su axila, a su vientre, a sus senos pequeños de niña-no mujer y alguno, el más osado, el más albo buscaba dulcemente el espacio oscuro de su rosa y su pico ingresaba, suavemente, sin prisas al fuego que esperaba.

En los últimos atardeceres cuando todos dormían la siesta, los monstruos del tejado empezaron a bajar a su cuerpo con decenas de dedos, le tocaban la espalda, le palpaban los senos le entreabrían los glúteos, la poseían uno a uno y todos, múltiples, torpes y ardientes.

Sólo las niñas rubias y blancas del empapelado no le decían nada hasta aquel día en que salió una de ellas, la más pequeña, para levantar las sábanas con sus blancos deditos y meterse a la cama. La fue acariciando dulcemente. Aquella tarde la madre interrumpió el inicio del amor entre las niñas.

– ¿Sabe, Doctor? esta mi hija está enferma, o es el demonio que la ha tomado. En todo encuentra seres que la acarician y lo peor... se le nota el placer.